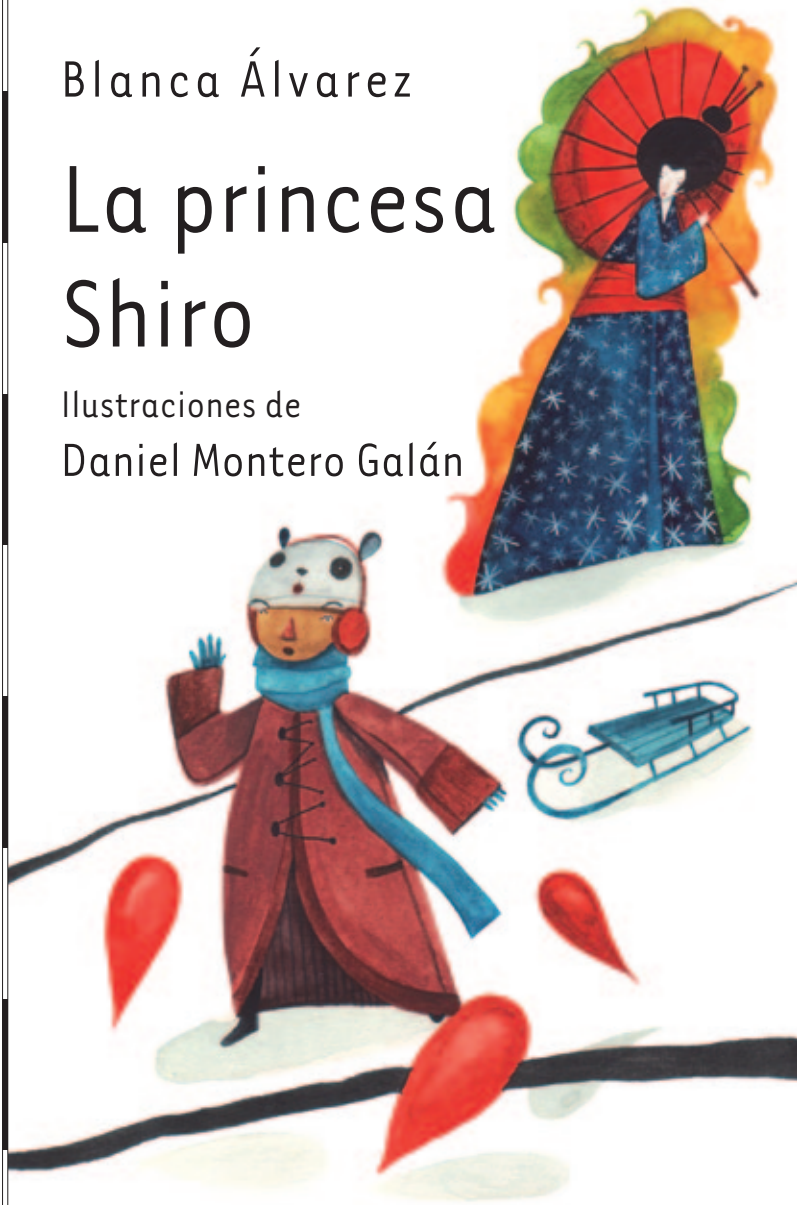
EL BARCO DE VAPOR

Blanca Álvarez

La princesa Shiro

Ilustraciones de
Daniel Montero Galán



sm

Dirección editorial: Elsa Aguiar
Coordinación editorial: Xohana Bastida

© del texto: Blanca Álvarez, 2014
© de las ilustraciones: Daniel Montero Galán, 2014
© Ediciones SM, 2014
Impresores, 2
Urbanización Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE
Tel.: 902 121 323
Fax: 902 241 222
e-mail: clientes@grupo-sm.com

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

A mi hija,
que siempre fue princesa
sin saberlo.

Esta historia
es un homenaje al cuadro
La danse des coquelicots,
pintado en 1973 por Joan Miró.

Aquel invierno había nevado tanto
que la nieve casi cubría los tejados de las casas.
Además, el manto blanco y frío
se encontraba tan a gusto en aquel valle,
entre las casas de aquel pueblo,
que ni los rayos del sol lograban fundirlo.

–¿Cuándo llegará la primavera?

A Kumiko le gustaba la nieve,
y también le gustaba jugar con el trineo azul
que le había construido su padre.
Pero deseaba regresar a la escuela,
cerrada a causa de las nevadas.
Echaba en falta a los compañeros de clase.
Sobre todo a Kobo.

–¿Cuándo volverá la primavera?
–suspiraba Kumiko tras los cristales
empañados de la ventana,
dibujando flores con su aliento.

–He perdido mis tres dones.

–¿Qué...? –preguntó un tanto asustada Kumiko, dándose la vuelta para ver quién hablaba.

En su cuarto no había nadie.

–He perdido mis dones –repitió la misteriosa y dulce voz.

Kumiko, antes de pedir ayuda
a su abuela Nutmeg Sasaki,
registró con cuidado el cuarto:
nada, tan solo los muñecos
y los cuadernos de caligrafía pendientes.
Mudos y quietos.

–He perdido mis tres dones...

–¿Quién eres? –preguntó Kumiko
tragando saliva y temblando de miedo.

–Me llamo Shiro. Princesa Shiro.

De la nada del cuarto apareció,
saliendo del hueco entre el armario y la pared,
un maravilloso manto bordado
con todas las estrellas del cielo.

–¡Oh! –gritó Kumiko
entre maravillada y asustada.

–No tengas miedo.

Un rostro tan blanco como la porcelana
le hablaba con voz dulce y cristalina.
También unos pequeños pies
calzados con zapatillas de plata
caminaban hasta ella.

–Necesito que me ayudes
–pidió el blanco rostro sonriendo–.
He perdido entre la nieve mis tres dones.
–¿Cómo...? –Kumiko estaba tan fascinada
que ni siquiera se planteó
si aquella hermosa mujer era un fantasma.
–¡Me gusta tanto pasear sobre la nieve!
–los ojos negros de la mujer relucieron–.
Sé que fui una insensata
–añadió y, de pronto, pareció tan triste
que Kumiko se acercó para acariciarla–.
El caso es que uno de mis pensamientos
se enredó con el manto y arañó mi mano.
Mostró una mano
tan blanca como el rostro,
con la marca de un ligero arañazo.